

CONSIDERACIONES FINALES

I. EL "PUNTO DE VISTA INTERMEDIO". LA CONCIENCIA. LA "CONTRADICCIÓN" Y SU ELIMINACIÓN

SOMOS SERES intermedios. Así como la tierra es un planeta intermedio entre los planetas, de la misma manera su habitante, el hombre, ocupa una posición intermedia entre algo superior a él, que su espíritu puede alcanzar exactamente en sus momentos más puros, y algo inferior a él, de lo que ha crecido, algo que ha dejado tras sí, pero que lo sostiene y lleva.

Este pensamiento, elaborado extensamente por Herder en el primer tomo de sus *"Ideas sobre la historia de la humanidad"* (1784), lleva una relación curiosa con las tendencias filosóficas de los clásicos. Lo ininvestigable, que Goethe creía deber venerar silenciosamente, y lo trascendente, que la experiencia humana nunca explorará, como supo Kant, apuntan hacia regiones para las que el hombre se encuentra en un nivel demasiado bajo. Schiller, quien vio en una sola imagen completa —como hemos explicado— lo superhumano y lo subhumano, era uno de los primeros entre los grandes conquistadores del espíritu. "La naturaleza nos señala en su creación física el camino que debemos seguir en lo moral", reza una frase de la Séptima Carta: *Sobre la educación estética del hombre* (1795). Y muy conocido es el comienzo de la Tercera Carta: "La naturaleza, cuando se ocupa del hombre, no trabaja de manera mejor que en el resto de su creación: obra para él en los casos en que aún no puede obrar personalmente, como inteligencia libre. Pero precisamente lo que lo convierte en hombre es que no se resigna delante de lo que la mera naturaleza hace de él, sino que posee la capacidad con ayuda de su razón, de dar hacia atrás aquellos pasos

que la naturaleza anticipó con él, transformando el producto de la necesidad en una obra de su libre elección, y elevando lo que es físicamente menester, una necesidad moral.”¹⁵⁴ En la parte de la frase que hemos escrito en cursivas, ya hay bastante de Hegel (algo que vale en forma general, de Schiller). La idea de que el genio, quien produce obras inmortales, y la araña, que construye su tela, tengan cierto parentesco, y que el uno debe comprenderse con ayuda del otro, es un pensamiento que encuentra sus raíces en la teoría kantiana del genio, y que culmina en la filosofía de la identidad, de Hegel.

Somos seres intermedios. Es algo que podemos ver en la posición de la conciencia en la *Fenomenología del espíritu*. La conciencia es un teatro, situado en medio, que se ha inaugurado como espíritu subjetivo, que se ha encontrado a sí mismo, y que ahora investiga con asombro su propio desarrollo hacia el espíritu, luchando, hacia adelante, para obtener un saber absoluto de sí mismo, y al mismo tiempo buscando a tientas cuál ha sido el desarrollo que les precede: los primeros elementos de una vaga distinción de “esto, aquí” y “eso, allá”, de meras opiniones, observaciones, descripciones de la naturaleza, elaboración de normas prescribientes, y, finalmente, un reconocimiento cada vez más claro de lo bueno, de lo bello, de lo sagrado; todo el desenvolvimiento gradual de sí mismo. ¿Para qué sirve este camino hacia adelante y hacia atrás? Para hacernos sentir que lo verdadero no es lo primero, no es lo último, sino que es “todo”, como Hegel lo explica extensamente y con énfasis en el Prólogo de su libro.¹⁵⁵

Somos seres intermedios. Pero incluso esta frase sólo es correcta si la pronunciamos desde el punto de vista de la totalidad. El que hable de fronteras, ya habrá traspasado estas fronteras en alguna forma. “Sólo sabemos que algo es una limitación, un defecto, sólo lo sentimos como tal, si al mismo tiempo ya estamos más allá de ello”, como dice la *Enciclopedia*.¹⁵⁶ Esto demuestra que nuestra propia conciencia,

¹⁵⁴ Edición histórico-crítica de Güntter y Witkowski, t. 18, pp. 28 y 11. En el original no hay cursivas.

¹⁵⁵ Cf. especialmente las pp. 16 y ss.

¹⁵⁶ *Enciclopedia*, § 60.

cuando se atribuye esta situación intermedia, como algo que se conoce a sí mismo, ya está al mismo tiempo más allá de sí misma, aunque, al mismo tiempo, parte de ella debe quedarse atrás, detenida entre sus límites, sobre cuyas características está precisamente filosofando. Representa a un *cogito*, al que le corresponden proporciones que se extienden más allá de sí mismo. Cuando Hegel habla de "pensar", en vista de lo anterior, tiene en la mente una función amplia de la conciencia, que encierra otra función especial. Es algo que Hegel acentúa una vez expresamente, en su análisis de Descartes, que según él declaró igualmente que había entendido por "pensar" a la conciencia en general, como tal (*Princ. Phil.*, 1.9).¹⁵⁷

Una vez más vemos claramente en qué sentido Hegel califica nuestra conciencia como "llena de contradicciones". Así le parece la conciencia en vista de que contiene, como *cogito* amplio, aquel *cogito* especial al que caracteriza como "el intelecto malo, que separa todo",¹⁵⁸ "la manera de pensar intelectualmente, mediante categorías finitas, un pensamiento que se apoya en abstracciones unilaterales", como cuyo polo opuesto considera el *cogitare* racional, el *cogitare* del "concepto concreto".¹⁵⁹ En otro lugar dice:¹⁶⁰ "Gran error es reconocer la naturaleza del pensamiento sólo en esta forma intelectual", puesto que, como ya dice en su Introducción a la *Enciclopedia*:¹⁶¹ "El pensamiento libre y verdadero es concreto en sí, de manera que es Idea, y en toda su generalidad la Idea o lo Absoluto." Hemos analizado este viraje del concepto hacia la Idea, y sabemos, por lo tanto, lo que esta frase quiere decir: el traspaso del *cogitare* "atomizante" respecto de todo, hacia el *cogito* respecto de lo universal; el traspaso del intelecto abstrayente y analizante, hacia la conciencia en general, disponiendo de una visión concreta del conjunto.

Así con la conciencia escindida, que reflexiona sobre sí misma y que hace constar que es una cosa "intermedia", con

¹⁵⁷ *Enciclopedia*, § 76 (1).

¹⁵⁸ *Enciclopedia*; Prólogo para la segunda edición, p. 15.

¹⁵⁹ *Ibidem*, pp. 14 y 5.

¹⁶⁰ *Enciclopedia*, § 50.

¹⁶¹ *Enciclopedia*, § 14.

límites hacia cada lado, y que precisamente por el hecho de salir de sí misma demuestra ser una totalidad cuya trascendencia le es inmanente,¹⁶² con esta conciencia tan cargada de contradicciones, nos encontramos “en medio” del mundo. Pero en vista de que este mismo mundo no está en ningún otro lugar que en nuestra conciencia, nos parece tan contradictorio como esta conciencia. Y desde su comienzo esta contradicción se manifiesta en el hecho de que este mundo, por una parte (para nuestro intelecto), es sólo el mundo de nuestra conciencia, y sin embargo, por otra parte (para la razón), es al mismo tiempo el “mundo pleno y total”.

Esta dicotomía nos acompaña a través de toda nuestra vida. En toda función de la conciencia, desde el primer “Yo soy yo” hasta en las más refinadas, uno puede encontrarla.

Vivimos como objetos, como “yoes” determinados, personalmente acuñados, en un mundo lleno de objetos, que se estructura dentro de nosotros y alrededor de nosotros mediante innumerables creaciones de límites. Como personas que piensan en forma abstracta, personas inteligentes, vivimos así en un mundo “atomizado”; todo el universo, y también el mismo *cogito*, como Hegel explicó una vez,¹⁶³ “pueden ser ‘puestos’ bajo el primer aspecto, el intelectual, y así podemos distinguir todo en forma separada; pero, en realidad, así no podemos conocerles”. En este mundo rige el principio heterológico (en términos de Rickert), o, como Hegel lo formula:¹⁶⁴ “El pensar, en forma de intelecto, se limita en los elementos: determinación firme, distinción de los aspectos de una cosa lógico-real en relación con otras cosas; tal cosa abstracta y limitada vale, para él, como algo que existe y que es.” Pero en este mundo intelectual se manifiesta inmediatamente un segundo mundo, en el cual sólo puede entrar el que haya caído primero sobre aquella “contradicción”, que ha sido “puesta” simultáneamente con el mundo intelectual de las cosas. Esta “contradicción” consiste en el

¹⁶² Para esta fórmula, véase GEORGE SIMMEL, *Ideología*, 1918. [*Lebensanschauung*], cap. I: “De la trascendencia de la vida”. En esta última obra de Simmel, también su obra más profunda, el autor conquista la esencia ideológica de la filosofía hegeliana por sus propias energías, y por caminos totalmente a-históricos.

¹⁶³ *Enciclopedia*, § 79.

¹⁶⁴ *Enciclopedia*, § 80.

hecho de que lo individual (por ejemplo yo), para convertirse en objeto, debe pasar, dentro de sí mismo, más allá de sí mismo: debe aniquilarse como algo unilateral y limitado; en la "conciencia del yo", en la que realmente coinciden el yo y el no-yo, el yo y el mundo (algo para lo cual uno puede encontrar muchas otras fórmulas), lo individual debe haberse reconocido, con ayuda de la razón, como idéntico con su contra-parte, con el fin de poder ser una "totalidad" sin perder, por este esfuerzo, "todo".

Y entonces se podría calificarlo como un perfecto "yo" universal. En este yo universal perfecto, que ha superado su propio no-ser, y que se ha "puesto", en su espíritu, como unidad con su no-ser, la "contradicción" ha sido eliminada. Para él todo lo particular, extraído por el intelecto y fijado por éste, es idéntico al universo. Desde el imperio de los objetos, por lo tanto, un camino conduce hacia el universo como el objeto perfecto, el objeto que, en esta calidad, es idéntico a Dios; se trata del viejo camino místico de la negación de toda individualización.

"Miré hacia arriba, y vi una unidad en todos los espacios;
hacia abajo, y vi una unidad en todas las olas del océano.
Miré en el corazón; fue un océano, un espacio universal
lleno de mil sueños. Vi una sola unidad en todos los sueños." ¹⁶⁵

¹⁶⁵ Hegel cita las Ghaselas místicas de DSCHELALEDIN RUMI en la traducción de Rückert; *Enciclopedia*, § 573.